

Carta de Missak Manouchian

Prisión de Fresnes (Seine) 21 de febrero de 1944

Mi Querida Melinée, mi amada pequeña huérfana.

Dentro de unas horas, ya no estaré en este mundo. Vamos a ser fusilados esta tarde, a las 15 horas. Esto es un accidente de la vida, parece mentira, sin embargo sé que ya no veré nunca más.

¿Qué puedo escribir? Todo es confuso en mí y muy claro al mismo tiempo. Entré en el ejército de liberación como soldado voluntario y muero muy cerca ya de la victoria y del objetivo. Felices aquellos que van a sobrevivirnos y disfrutar de la dulzura de la libertad y de la paz de mañana. Estoy seguro de que el pueblo francés y todos los combatientes de la libertad sabrán honrar nuestra memoria dignamente. En el momento de morir, declaro que no tengo ningún odio contra el pueblo alemán ni contra nadie, cada uno tendrá lo que merezca como castigo o como recompensa. El pueblo alemán y todos los pueblos vivirán en paz y en fraternidad después de la guerra, que ya no durará mucho tiempo. Felicidad para todos... Tengo un pesar profundo por no haberte hecho feliz, habría querido un hijo tuyo, como tú siempre querías. Te ruego por tanto que sin falta te cases después de la guerra y que tengas un hijo para mi felicidad, y para cumplir mi última voluntad. Cásate con alguien que pueda hacerte feliz. Todos mis bienes y todas mis cosas, te las dejo a ti, a tu hermana y a mis sobrinos. Después de la guerra, podrás hacer valer tu derecho a una pensión de guerra como mi esposa, porque muero como soldado regular del ejército francés de la liberación.

Con la ayuda de amigos que querrán honrarme, harás editar mis poemas y mis escritos que merezcan ser leídos. Dale recuerdos míos, si es posible, a mis padres en Armenia. Moriré con mis 23 camaradas muy pronto, con el valor y la serenidad de un hombre que tiene la conciencia muy tranquila pues, personalmente, no he hecho mal a nadie y si lo he hecho, lo hice sin odio. Hoy, hace sol. Mirando al sol y a la bella naturaleza que tanto he amado, diré adiós a la vida y a todos vosotros, mi muy querida esposa y mis muy queridos amigos. Perdono a todos los que me han hecho daño o que hayan querido hacérmelo, salvo al que nos ha traicionado para salvar su piel y a los que nos han vendido. Te abrazo muy fuerte, a tu hermana y a todos los amigos que me conocen mucho o poco, os abrazo a todos de todo corazón. Adiós. Tu amigo, tu camarada, tu marido.

Manouchian

Posdata: tengo quince mil francos en la maleta de la calle Plaisance. Si puedes, cógelos, salda mis deudas y dona el resto a Armenia.

Carta de André Trocmé y Edouard Theis a sus parroquianos

23 de junio de 1940

Hermanos y hermanas,

El presidente de la Federación Protestante pronunció ayer en la radio una homilía a la que queremos unir nuestra voz.

Ha llegado la hora de la humillación. Humillémonos todos por la parte de responsabilidad que tenemos en esta catástrofe general. Humillémonos por las faltas que hemos cometido y por las que hemos dejado cometer, por nuestro dejar hacer, por nuestra falta de valentía que ha hecho imposible redirigir esta situación ante las tormentas amenazantes; por nuestra falta de amor ante el sufrimiento de los otros, por nuestra falta de fe en Dios y nuestra idolatría por la riqueza y la fuerza.

Sin embargo, guardémonos de confundir humillación y desánimo y de pensar y difundir a nuestro alrededor que todo está perdido. No es verdad que todo esté perdido. La verdad evangélica no se ha perdido y será proclamada siempre desde este púlpito (...) La palabra de Dios no está perdida y es así donde se encuentran todas las posibilidades de recuperación para todos (...).

Guardémonos de humillarnos por los otros, en vez de por nuestras propias faltas (...) Estos últimos días hemos escuchado numerosas quejas de unos contra otros (...). Cada uno acusa al otro, todos intentan esquivar sus propias responsabilidades para culpar a sus conciudadanos o a pueblos extranjeros, olvidando que sólo Dios puede juzgar y medir la culpa de cada uno (...).

Hermanos, aunque no hayamos usado bien la libertad que nos ha sido concedida, no renunciemos a la libertad para convertirnos en esclavos de nuevas ideologías. No nos hagamos ilusiones, la doctrina totalitaria de la violencia ha adquirido en estos últimos días un gran prestigio (...) Esta doctrina no es otra cosa que anticristianismo. (...)

Por ello, apelamos a la humillación cristiana y queremos, hermanos y hermanas, hablaros en nombre de nuestro señor Jesucristo. En primer lugar, pedimos que abandonemos nuestras divisiones (...) Paremos de etiquetarnos, de designarnos los unos a los otros (...) recomencemos confiando los unos en los otros, a saludarnos y a acogernos (...).

Comprendamos que el retorno a la obediencia de Cristo nos obliga a rupturas, con el mundo, con la manera de vivir que habíamos aceptado hasta ahora. Vamos a recibir presiones sobre nosotros y nuestras familias para intentar que nos sometamos pasivamente a la ideología totalitaria (...) Hacemos un llamamiento a todos los hermanos en Cristo a no aceptar colaborar con esta violencia que existe y con la que vendrá (...)

Que Dios nos libere tanto de las inquietudes como de las falsas seguridades, que nos dé su paz (...) que nos consuele en el duelo y nos ayude a superar todas las pruebas, que nos haga dignos miembros de la Iglesia de Jesucristo, en la espera del reino de la justicia y el amor.

Reflexión de Andrée Gueule sobre su pasado y la actualidad

Nací el 6 de septiembre de 1921 en Bruselas. Empecé a trabajar en julio de 1942 como interina en una escuela y fue allí donde me enfrenté por primera vez al problema de los niños judíos. Los veía llegar a clase con una estrella de David amarilla y muchas veces, ya no los volvía a ver por la escuela, ya que durante la noche habían detenido a sus padres.

Por aquella época descubrí la red de resistencia que se encargaba de esconder a aquellos niños y me uní a ella hasta el día de la liberación. Se llamaba "Comité de Defensa de los Judíos", sección infantil. Escondíamos a los niños en albergues "seguros".

El sentimiento de rebelión ante lo impensable fue lo que me empujó a actuar. Quién puede permanecer insensible a eso. Me daban las direcciones de personas judías a las que visitaba para prevenirles que me llevaría a sus hijos 48 horas después. Los escondía en el monte, en conventos, en familias particulares o en instituciones que funcionaban durante la guerra (Socorro de Invierno, Ayuda Campesina a la Infancia, etc.). Era una época muy difícil, siempre teníamos hambre y frío, pero salvar a aquellos niños nos colmaba.

Un día fui a buscar a un bebé de aproximadamente 20 meses. Justo en el momento en que salía con el bebé, llegó la Gestapo. Había muchas redadas en los barrios judíos, e impedían la salida de los barrios situando camiones en las calles transversales. Cuando llegué a una de esas calles con el carrito, la Gestapo hacía bajar de las casas a todas las familias. Otras veces, íbamos a buscar a los bebés de apenas días a los hospitales. Médicos "amigos" nos indicaban cuáles eran los bebés que debíamos esconder mientras ellos se ocupaban de las madres desamparadas.

Nos enteramos de la existencia de cámaras de gas gracias a Víctor Martin, un joven universitario que realizó un viaje por Alemania para realizar una investigación para el "Frente de la Independencia". Cuando volvió de Alemania, Martin nos contó que "quemaban a la gente que detenían". Se enteró porque conoció a gente que trabajaba cerca de los campos de concentración que le hablaron de las chimeneas.

Después de la guerra, mantuve el contacto con muchos de aquellos niños, especialmente con aquellos cuyos padres sobrevivieron. Los padres jamás olvidaron lo que hicimos por sus hijos. Para mi, fue un gran privilegio poder continuar ayudándoles.

Un día, alguien me escribió desde San Francisco para pedirme dónde había sido escondido durante la guerra. Recordaba perfectamente aquel nombre y le respondí. Días más tarde se presentó en Bélgica y fuimos juntos al convento donde había conseguido esconderle cuando era niño. Para él, fue una experiencia terrible, lloró desconsoladamente, pues recordó espontáneamente aquellos sótanos donde se escondía cuando saltaban las alarmas.

De aquella época, me queda el odio que siento hacia cualquier tipo de racismo, no solamente hacia el antisemitismo. Desgraciadamente, soy pesimista cuando pienso en la actualidad, no tengo la impresión de que hayamos aprendido gran cosa del pasado. Basta algún incidente provocado por algún inmigrante para que emerjan de nuevo sentimientos de rechazo hacia el otro.

Carta de Itzhak Stern y otros trabajadores de la fábrica de Schindler, entregada a éste para demostrar su gratitud en ocasión de la inmediata liberación

Bruennlitz, a 8 de Mayo de 1945

"Hermanos!

Nosotros, los abajo firmantes somos Judíos de Cracovia, reclusos del campo de concentración de Plaszow, desde 1942 trabajamos en el negocio de Herr Director Schindler. Desde que Herr Direktor Schindler se hizo cargo de la gestión de la empresa, su único objetivo fue protegernos del confinamiento y reasentamiento, que habría significado para nosotros definitivamente la muerte. Durante todo el período en el que hemos trabajado para Herr Director Schindler, hizo todo lo posible para salvar la mayor cantidad de personas posible, a pesar de las enormes dificultades (...) Herr Director Schindler se hizo cargo de nuestro sustento, y como resultado de ello, durante todo el período de nuestro trabajo en la fábrica, no hubo un solo caso de muerte no natural. Todos los que trabajaban en la fábrica, más de 1000 judíos en Cracovia, fueron trasladados. Como la primera línea rusa se acercó se hizo necesario trasladar a un campo de concentración diferente, Herr Director Schindler trasladó su empresa a Bruennlitz.

Había enormes dificultades relacionadas con el sustento de la empresa de Herr Director Schindler, y él realizó grandes esfuerzos para seguir con el plan de salvarnos. El hecho de que se alcanzó el permiso para establecer un campamento en el que no sólo las mujeres y los hombres, sino también las familias pudiesen permanecer juntas haciéndola única en todo el territorio del Tercer Reich. Especial mención debe tenerse en cuenta el hecho de que nuestro reasentamiento a Bruennlitz se llevó a cabo por medio de una lista de nombres, reunida en Cracovia y aprobada por la Administración Central de todos los campos de concentración en Oranienburg (caso único). Después que los hombres habían sido internados en el campo de concentración de Gross Rosen por no más de unos dos días y las mujeres por 3 semanas en el campo de concentración de Auschwitz, podemos confiar plenamente en que con nuestra llegada a Bruennlitz debemos nuestras vidas únicamente a los esfuerzos de Herr Director Schindler y su trato humanitario hacia nosotros los trabajadores (...)

Es sólo gracias a los incesantes esfuerzos y de las intervenciones de Herr Director Schindler con las autoridades en cuestión, que nos quedamos en Bruennlitz, a pesar del peligro existente, ya que, con la primera línea que se aproximaba, habría significado nuestro fin. Esto lo declaramos hoy, en este día de la declaración final de la guerra, como estamos a la espera de nuestros

oficiales de liberación y la oportunidad de regresar a nuestros hogares junto a unas familias ya destruidas. Aquí estamos, una asamblea de 1.100 personas, 800 hombres y 300 mujeres.

Todos los trabajadores judíos, que fueron internados en en los campos de concentración de Gross Rosen y Auschwitz, declaran de todo corazón su gratitud hacia el Herr Director Schindler, y hemos estado de acuerdo que es exclusivamente debido a sus esfuerzos, que nos permitimos ser testigos de este momento, el fin de la guerra.

En cuanto a Herr Director Schindler y el trato de los judíos, un evento que tuvo lugar durante nuestra internación en Bruennlitz en Enero de este año, merece una mención especial por una casual orden de transporte de reclusos judíos, que habían sido evacuados del campo de concentración de Auschwitz, hacia el puesto avanzado de Goleschow y en el que nos incluyeron. Consistió exclusivamente en el transporte de más de 100 enfermos de un hospital que había sido limpiado durante la liquidación del campo. Estas personas llegaron congeladas y casi incapaces de seguir con vida después de haber vagado durante semanas. Ningún otro campo abría estado dispuesto a aceptar este transporte y Herr Director Schindler se hizo cargo personalmente de estas personas, dándoles refugio en su empresa, aunque no había la menor posibilidad de que pudieran ser empleados en la fábrica (...)

Sinceramente pedimos que usted ayude a Herr Director Schindler de cualquier manera posible y, sobre todo, a fin de que pueda establecer una nueva vida, a causa de todo lo que hizo por nosotros, tanto en Cracovia como en Bruennlitz sacrificando toda su fortuna".

Extracto de las memorias de Feiwel Wichter, uno de los judíos salvados por Oskar y Emile Schindler

"Un genocidio precisa cómplices activos y pasivos, precisa indiferencia y permisividad, Con muchos Oskar y Emilie Schindler la masacre no hubiera sido posible; también por eso quise rendirles homenaje a ellos en esta historia. Emilie está por cumplir noventa años. Pequeñita, simple, tierna y femenina, se pasea por su terreno cuidando toda la vida que hizo crecer a su alrededor (...) Su existencia nos reconcilia con la especie humana y nos muestra que entre los múltiples modos de heroísmo hay algunos muy simples pero nada fáciles: resistirse a ceder a las circunstancias cuando las circunstancias nos repugnan, y defender nuestra conciencia aunque sea caro, porque tal vez sea la conciencia la única riqueza que tenemos los humanos, tal vez lo único que merezca conservarse hasta la muerte".